



Tres nuevos sacerdotes son el primer fruto de esta recién nacida Institución, que se nos brinda como un espiéndido brote de la Iglesia al servicio de las Misiones.

OPUS DEI

AQUÍ ESTAMOS

ALLA, por el mes de Junio, se presentó el *Opus Dei* al "Gran Público", sorprendiéndole con la Ordenación sacerdotal y Primeras Misas de tres jóvenes ingenieros. Pocos eran los que, por aquel entonces, conocían el *Opus Dei*. Unos, muy cerquita de él, admirábamos su empuje juvenil; y, compenetrados con sus ideales, lo anunciábamos a adaptarse, sin remilgos a las circunstancias de la vida actual. Otros lo juzgaron audaz en sus ambiciones apostólicas, atrevido en sus posturas y modales, peligroso en sus derivaciones; o lo consideraron como fuerza nueva que se esforzaba por desplazar, a codazos, las organizaciones existentes en la viña del Señor. Pero todos, como dirigidos por una fuerza superior invisible, pusieron su granito de arena en la formación y desarrollo de la naciente Institución. La Historia se repite y como en el correr de los siglos otras obras de Dios, tuvo ésta que soportar (agradecer, diría yo) las sacudidas de la incomprensión y de los sufrimientos. Como hace cuatro siglos a propósito de otra gran Obra de Dios, a los que señalaban en el *Opus Dei* el defecto de la juventud, se podía ahora responder que día por día se corregiría de él.

Dichoso el *Opus Dei* que sintiéndose mirado, estudiado y criticado, se replegó en sí mismo para acendrar y vivir la vida de Cristo.

ESTO SOMOS

El *Opus Dei* es misionero: No por yuxtaposición, ni porque así lo mandan las circunstancias; sino por su esencia, por su finalidad, por su constitución. No puede tener barreras. Por su propio ser se sale de las fronteras de la Iglesia a tierras de Misión. Para ello no tiene que esperar a un desarrollo determinado ni a un número necesario de Casas en la patria. Sus componentes irán a las Misiones e influirán en ellas con el ejercicio de su vida profesional, varia, pero reducida por su organización a unidad suma. A España le ha regalado Dios en el *Opus Dei*, una fuerza poderosa para misionar en sus colonias. La Iglesia dispondrá en él de un ejército que influirá en tierras de infieles con suavidad, humanamente, sin despertar recelos, sin presentarse como organización antagónica a las instituciones religiosas de los pueblos misionados; sino con el cumplimiento "cristiano" del deber profesional. Aquellos atrevidos recursos misioneros de Ricci en China y de Nobili en la India han tomado permanencia de organización y fuerza de espíritu colectivo en los estatutos y vida del *Opus Dei*. Quienes visitan sus Casas se encontrarán, extrañados quizás, con

este símbolo: Cruz desnuda, vacía, sin Cristo, invitación constante a que cada uno la llene crucificando en ella su carne, su espíritu, su yo. Sé un poco de la eficacia de esta cruz en las ansias misioneras de los componentes del *Opus Dei*.

Por su propia naturaleza ayudará el *Opus Dei* a la Iglesia en la retaguardia misional.

Sin peligro de parcialidad. Su campo especial está en los sectores cultos de nuestra Patria. A pesar de su juventud lleva prestados servicios valiosísimos en la propaganda misional, y se ha comprometido a intensificarlos de un modo callado, constante y organizado. Lo contrario sería traicionarse a sí mismo.

Su venida es providencial. España tiene en el subsuelo de las almas filones riquísimos de espíritu misional y misionero. El entusiasmo ha removido la superficie; pero nunca podremos extraer y purificar esos filones sin la cooperación de la intelectualidad española.

¡La intelectualidad española! He ahí el magnífico campo misional que Dios presenta ante el *Opus Dei*.

¡Dios lo bendiga!

ANGEL SAGARMÍNAGA

UT EATIS!...

Estos Sacerdotes son ingenieros y doctores por la Universidad española. Llevaban estrellas de oficiales, en el Ejército que salvó a la Patria. Antes, confesores de Cristo y compañeros de mártires, rodaron por cárceles y checas.

Parecen mirar las cosas de la tierra con ojos de eternidad: la voz del Maestro vuelve a resonar, insinuante—¡dulce y recio imperio de Jesucristo!—en sus oídos, en sus almas:

"Si alguno quiere venir detrás de Mí... que tome su cruz: ¡la Santa Cruz!"

Estos Sacerdotes de la Santa Cruz, después de pasar su Sociedad un período de formación de dieciséis años, nacen misioneros: para hacer la Obra de Dios—*Opus Dei*—en el mundo: cara a los intelectuales de las viejas civilizaciones de oriente, mirando con ojos claros las luces frías del norte de Europa, los desvaríos de las apasionadas mentes mediterráneas y el bu-

(Concluye en la pág. 27.)

(Viene de la pág. 20.)

llir intelectual, cada vez más intenso, de las dos Américas.

¡Qué necesaria su misión! ¡Cuántas oraciones vendrán a ayudar la labor de estos nuevos misioneros!

Un afán de almas les comía las entrañas y, como tantos en la Universidad y en la Escuela Especial—hay, en su ambiente, aroma apostólico y sacerdotal de mies madura, que aguarda las hoces— se sintieron muy hijos de la Iglesia: amar a la Iglesia Romana, servir humildemente a la Iglesia—*serviam!*—con devoción y cariño especialísimo a la Jerarquía Ordinaria.

Y, por Amor, lo dejaron todo—ambiciones terrenas, ilusiones personales de hogar, dinero y posición social—para seguir la llamada de Dios—¡la vocación!—que les decía:

Ego elegi vos... yo os he elegido; *ut eatis...* para que vayáis; *et fructum afferatis...* y me deis fruto.

Y, ancho y comprensivo el corazón, están decididos a ir lejos, a hacer misión con la gracia de Dios, seguros de que su fruto tendrá eternidad: *et fructus vester maneat!*

PEDRO CASCIARO